

una Madona se habían puesto negras, como antiguas manchas de sangre; los íconos de Bizancio, en vez de nimbos australes tenían sobre sus frentes desoladas telarañas de sombra.

Miraron un estanque en que un cisne de nieve moría devorado por una murena glauca. . . . Pero no hicieron caso de aquellos símbolos y triunfantes entraron á la sala del festín. ¡Oh Veronés! como aquellos fueron los festivales que creaste! ¡Oh Jordans, flamenco Gargantua! ¡Era de tu reino aquel país!

Toda aquella corte se puso en pie cuando al apartar el pesado tapiz de Flandes apareció el lírico septuor de los trovadores. Resonó un aplauso. Protestaron los comensales que abominaban el olor de las trufas y que preferirían el aroma de los cálices; que una paloma bañando en el ether su blancura era mejor que un faisán sumergido en el espeso adobo. Hablaron con amor de los romances, de los rondeles, de los madrigales y de los Hierodramas. Una landgraviata miró al trovador más rubio y después de decirle: "este vino eres tú," vertió el licor de oro sobre sus blancos senos. Una baronesa viuda prometió incrustar con diamantes y sobre el broche de su liga, el nombre del poeta que trovara mejor. . . . Un conde-duque barboso bebió en el mismo jarro de hidromiel con el trovero del theorbe, y el sumiller, el senescal y el proto-albeitar del castillo levantaron en peso á Cigalla, el ilustre tenor. . . .

Y los poetas desaparecieron tras de una tapicería y cantaron un canto, que según los precitados Magistro Andrea, Juan de Nostradamus, Abenduet, Abnalazar y la dueña, Ugueta de Forcalquier, fué de lo más sublime, de lo más sentido y sonoro que humanos oídos han jamás escuchado. . . .

* * *

Quando la canción concluyó, los trovadores, que en vano esperaban los aplausos, sintieron vagos estremecimientos, y todos trémulos aparecieron en la sala del festín. . . . qué cuadro, qué abominable cuadro iluminaban los agonizantes chisporroteos de los lampadarios y las luces nacientes de la aurora. . . .

Toda la corte roncaba. La blonda melena de la landgraviata se bañaba en el mismo adobo que el faisán. El sumiller expectoraba flemas de innúmeros quilates. La baronesa viuda, místicamente inspirada y convertida en Madona, le entregaba su seno á un halconero boquirubio, convertido en bambino. El proto-albeitar, el quirurgo, un preste y un maestresala roncaban bajo la mesa, en embriaguez fraternal, apretados como un racimo de uvas. . . . Una serjenta aspirante á abadesa menospreciaba la liturgia, y creyendo que el jugo de la vid era bastante, olvidaba la hoja de parra. . . . Un bestial ronquido formidable, el gruñido de los puercos de

Circé, era lo único que contestaba al canto alado y sublime de los trovadores. . . .

* * *

Los trovadores salieron, y en esos instantes una lluvia de fuego, una purificadora lluvia bíblica sorprendió en medio de su sueño orgiástico á los habitantes del castillo. A los trovadores que franqueaban el puente los embistió una terrible nevasca, una espantosa tempestad de nieve. . . . Los moradores del burgo son hoy un montón de cenizas que ha dispersado el viento muchos años ha. . . . Los trovadores son estatuas de nieve, adamantinas esculturas que clavadas en la barbacana del alcázar inhospitario provocan aún la admiración y la piedad del viandante.

* * *

¡Oh público de la "Revista Moderna!" obra á tu guisa, y si sólo tu indiferencia hemos de merecer, seguiremos con gusto la suerte de aquellos nuestros precursores, los siete troveros medioevales. . . .

JOSÉ JUAN TABLADA.

HARMONÍAS TRÁGICAS.

II.—VOLAR AL CIELO!—DANZA.

(INÉDITA).

De noche. Salón elegante. Ismenia, sentada en el taburete del piano. Su bata floja cae sobre la alfombra en una ondulación de pliegues azules. Juegan sus dedos en el teclado. Guillermo, frente á ella, la contempla amorosamente. Breve silencio.

GUILLERMO.

Te aseguro que estás muy bella con la frente descubierta.

ISMENIA

(con finísima ironía en el acento y en la sonrisa).

De veras? . . .

GUILLERMO.

Blanca, con la blancura de un botón de mosqueta, se ostenta en su plenitud, dándote la serena belleza de las diosas del mármol griego. Maldigo los peinados modernos que cubren con una maraña de rizos la soberbia majestad de las frentes. Si te amo como hombre, te admiro como artista. Mi alma se reposa en tu alma y mi vista en tus líneas purísimas de escultura intachable. Cuántas veces tus enojos han suspendido mi contemplación jamás cansada! Déja-